

EL PENSIL DE IBERIA.

REVISTA UNIVERSAL CONTEMPORANEA.

COLABORADORES.

Sra. D. ^a Margarita P. de Celis.	Sr. D. Antonio Negrete	Sr. D. Joaquin Fiol.	Sr. D. Joaquin Martinez.
„ Maria J. Zapata.	„ Domingo de la Vega.	„ José Barloredo.	„ Roberto Robert.
„ Rosa Marina.	„ Federico Ferredon.	„ José Francisco Vela.	„ Romualdo Lafuente.
Sr. D. Antonio I. Cervera.	„ Federico Beltran.	„ José Moreno Fuentes.	„ Sixto Cámara.
„ Andrés Gaviria.	„ Fernando Garrido.	„ Manuel Jimenez.	„ Francisco de S. Brandan.
„ Antonio Quiles.	„ Francisco de P. Puente.	„ Narciso Monturiol.	„ Joaquin Maria da Silva.

CONDICIONES MATERIALES DE LA PUBLICACION.—EL PENSIL DE IBERIA se reparte los dias 10, 20 y 30 de cada mes, y consta de cuatro pliegos de esmerada impresion.

PRECIOS DE SUSCRICION, PAGADA ADELANTADA.—En Cádiz: Un mes, 3 rs.—Tres, 8.—Seis, 15.—Un año, 28.—En provincias: Un mes, 4 rs.—Tres, 10.—Seis, 19.—Un año, 35.—En Ultramar y el estran-

gero: Tres meses, 19 rs.—Seis, 55.—Un año, 100.

Se suscribe en Cádiz, en la Administracion, calle del Sacramento, núm. 33, (1 donde se dirijirán toda clase de reclamaciones): en la Libreria de la Revista Médica; en la encuadernacion de Fábregas, calle de la Verónica; y en el despacho del Guia del Comercio, Ancha, 1.—En provincias, en las principales librerias.

SUMARIO.—Los Dramas invisibles de la culta sociedad, (continuacion.)—La Libertad (poesia).—El Caballo, el Mulo y el Asno, (cotinuacion).—Revista de Sevilla.—Cuatro meses en Paris.—Puntos de suscripcion.

LOS DRAMAS INVISIBLES

DE LA CULTA SOCIEDAD.

(CONTINUACION.)

A los dolores de tan triste existencia se agregan los celos; á la pena oculta, silenciosa y sombría, se mezclan por intervalos los gritos, la desesperacion, las amenazas de suicidarse, el odio de la vida; sin embargo, se aman, se perdonan, y hacen juramento de no ceder ni uno ni otro ante las exigencias del mundo, que los aplasta con su indiferencia, ó su desden. Valdés, cediendo á las exigencias de su amada, vuelve á presentarse en la sociedad.

Pero mientras que se le recibe como á un viajante, con el cual ya nadie contaba, ¿qué hace la pobre muger? Ella espera, sufre, va de un lado á otro llena de inquietud, y le parecen eternas las horas, é insoportable la soledad de su casa. Preguntadle en esas horas de disgusto y desaliento, si no querria mejor esta dismantelada boharedilla y la pobreza, pero con una posicion menos falsa, en cambio de la opulencia y de las apariencias de felicidad que la rodean. Valdés vuelve temprano y la encuentra llorando; vuelve tarde y la encuentra encolerizada. No ha ido á cumplir un deber; ha ido á gozar, y se olvida de que yo sufro en su ausencia, que sin él no hay placer para mí.

De todas las desgracias esta es la mas terrible, no es un golpe de la fortuna que trastorna una existencia, que mata á un hijo querido, que arruina una familia: no es un desastre que hiere y pasa; no, es un sufrimiento de todas las horas, de todos los minutos!

—Concedo que sean desgraciados, dijo Picolin; pero

permitidme que tome yo tambien vuestra comparacion por ejemplo. V. ha comparado su desgracia á esas enfermedades sordas y crueles que escapan á la accion de la medicina; ¿pero quiénes son las personas atacadas por esas enfermedades? Son las de temperamento nervioso y delicado; pues bien, Valdés y su querida padecen una enfermedad moral, que nace de su carácter mas que de su falsa posicion. Supongamos que sean dos naturalezas vigorosas, rudas y frias, fisica y moralmente, y ya no sentirán los alfilerazos con que la sociedad los mortifica ahora; porque la exaltada imaginacion los transforma en cortantes espadas. Ved si nó á Matilde, nuestra vecina: ¿hay en el mundo historia mas sorprendente que la suya? ¿quién mas desgraciada? Ella ha sufrido mucho pagando bien cara de antemano la felicidad alcanzada mas tarde; pero al fin y al cabo ha llegado á ser feliz.

Empezó por mendigar en calles y plazas, cantando villancicos y coplas obscenas, viviendo de la pública caridad. Cuando volvía á su miserable albergue sin el dinero que necesitaban para emborracharse los saltimbanquis con quienes vivía, la hartaban de puntapiés. La desnudez, la miseria, el hambre, un excesivo trabajo y un constante terror, tales han sido las condiciones de su vida, hasta que una casualidad le proporcionó los medios de mostrar en el teatro sus grandes dotes artísticos, el génio que germinaba en su alma.

El primer dia que pisó las tablas fué aplaudida y cambió su existencia; la fortuna y la gloria han reemplazado en pocos años, á su anterior envilecimiento; y para que no falte nada al triunfo y á la venganza de su orgullo, irritada por las humillaciones que antes sufriera, ha visto á sus pies, ofreciéndola su amor y su fortuna, á los hombres mas ricos y elegantes de la época. Segun cuenta la crónica, los ha probado, escogiendo entre sus adoradores, aquel cuya mano se disputaban las mas aristócratas y las mas bellas. El la adora, eso es claro, y lejos de ocultarlo como Valdés, lo ostenta á la faz del mundo con el mismo orgullo que sus blasones. Y como Matilde no se acostumbró desde su infancia á las delicadezas que tanto

influyen en la desgracia de la amada de Valdés, como en su posición de artista el amor no solo es disculpable, sino poco menos que de derecho, como no creo que sienta remordimientos por sus debilidades, no sé qué clase de disgustos pueden turbar tan perfecta felicidad, qué digo, perfecta felicidad, su triunfo, su victoria con todos sus gozos y satisfacciones. De la última entre los últimos, de la miserable entre los miserables, de la ignorada entre los desconocidos, Matilde ha pasado á una opulencia, á un renombre, á una felicidad, que llama la atención pública, que resuena en las mil trompetas de la prensa, en los salones de la aristocracia y en la plaza pública. La querida del pintor es menos de lo que debería ser; por lo tanto se concibe que sufra: pero Matilde ha llegado á ser mucho más de lo que nunca pudo imaginarse; ¿quién sería feliz si ella no lo fuera?

—Nadie probablemente, respondió el viejo: puesto que V. mismo, que tiene para ser feliz más motivos que nadie, no lo es. Apesar del brillante cuadro en cuyo seno aparece la deslumbradora existencia de Matilde, la infeliz sufre como la amada de Valdés, torturas más horribles que las del infierno.

—¿Está celosa de su amante?

—No.

—¿Tiene celos de sus compañeras de Teatro? ¿Envidia sus triunfos?

—No.

—¿No está satisfecha de la admiración que el público manifiesta por su talento?

—Está satisfecha.

—Pues confieso que no lo entiendo.

—No es fácil que V. lo comprenda, querido vecino; dijo el viejo con sorna.

Después de una pequeña pausa, continuó:

—¿Ha sido ó es V. artista?

—No.

—¿Nunca ha sido V. más que escribiente?

—No.

—¿Alguna vez ha derrochado V. el dinero?

—Jamás.

—Tiene V. algún amigo que sea rico ó que tire el dinero por la ventana como si lo fuera?

—Sí.

—Gracias á Dios, puede que encuentre aquí una puerta por la que pueda V. penetrar, donde pueda ver en toda su hediondez el gusano roedor que consume á esa pobre Matilde, que crecís tan venturosa. Dígame V. con franqueza: ¿alguna vez ha comido V. en compañía de su amigo el pródigo, con mugeres del mundo?...

—Cierto que sí, más de una vez.

—Muy bien. Las muchachas con quien se han encerrado ustedes en un gabinete particular de la pastelería Suiza ó Española, lo mismo da, han tomado la lista y han encargado ellas mismas la comida. ¿No es verdad que en tal caso la regla es el que miren la lista por el lado derecho, es decir, por donde están los precios, y que pidan, no lo que más les guste, sino lo que cuesta más caro, suponiendo que por tal razón ha de ser mejor?

—Tan cierto es eso, que nunca podré olvidarme de

una cena en el *Cisne*, en que las pícaras hicieron gastar á mi amigo ochenta duros para cuatro personas, entre espárragos, fresas y otras cosas por el estilo, cuyo mérito consistía en no ser de la estación.

—¿Y no fué más que eso?

—Cómo puedo yo acordarme de todos los accesorios, vinos y licores que embaularon aquellas diablitas!

—¿Y no recuerda V. si en medio de tan suntuosos manjares, no se les ocurrió pedir alguna cosa impropia, indigna de tal mesa?

—Sí, por Dios, figúrese V., cuánto nos reíamos mi compañero y yo, cuando después de probar manjares tan exquisitos, una de ellas pidió sardinas fritas y la otra buñuelos.

—Pues bien, querido vecino; esta encantadora y célebre Matilde, se encuentra precisamente en la posición de las chicas que cenaron con V. en el *Cisne*. Su gloria, su fortuna, su amor, son los espárragos y las fresas, son los finos licores y el espumoso champagn; con tales alimentos aquellas tenían hambre y necesitaban sardinas para aplacarla, y esta con sus magníficas ventajas y su deslumbrante posición, se muere de aburrimiento, se encuentra esclava del mundo y de la gloria.

—Bah, qué tontería, exclamó Picolin.

Y después añadió riéndose de antemano de su ocurrencia:

—En todo caso, si no está contenta, fácil le es pedir sardinas y buñuelos.

—Aquí es donde empieza la diferencia, donde se encuentra la variedad extraña y profunda que existe entre Matilde y las mugeres de quienes hablábamos. No es una lucha entre ella y el mundo, como la que sostiene la vecina del segundo piso, es una guerra que sostienen por una parte su inteligencia y por otra sus antiguas costumbres. Un combate entre los resabios de su infancia miserable y su posición actual. Para obtener la pública aceptación como Matilde ha llegado á alcanzarla, se necesita un gran talento una imaginación privilegiada, capaz de asimilar todas las grandes ideas, un corazón para sentirlas y facultades para expresarlas.

—Eso es incontestable.

—Pero no vive una niña en la miseria, en la mendicidad, en la grosería y bajeza que la mendicidad lleva consigo, sin adquirir costumbres de hipocresía, que cuando el mendigo concluye su comedia se cambian en petulantías alegrías, en burlas groseras del bienhechor á quien han engañado con sus súplicas hipócritas y falsas.

—Bien puede ser, vecino.

—Cuando Matilde está sobre las tablas, sus ideas, su alma, se elevan á la altura del papel que representa; goza en los juegos del teatro, porque son, aunque en mayor escala, farsas á que está acostumbrada; ella dá al público por dinero lo que el público le pide. Pero cuando se despoja de su corona de reina ó de su túnica de penitente, la pobre no vuelve á su antigua libertad, á sus gritos, á sus risas y alegrías desenfrenadas, tiene que seguir representando otra comedia; porque para ella, hablar bien, producirse con finura, manifestar sentimientos delicados, no es natural, es representar un papel cuya continuidad la

abruma. Su salon está abierto y en él tiene que recibir á los hombres mas elegantes de la sociedad y á mugeres finas en palabras y en maneras. Matilde es orgullosa y quiere probar que ella vale mas que todos y todos juntos. Despues de haber representado en el teatro el papel de reina, representa en su casa el de gran señora, hasta que llega un momento, que fatigada de su papel y de su público, se escapa para encerrarse en una habitacion apartada, en la que la soberana á quien todo el mundo respetaba y adulaba, grita á su amante que la sigue:

—Me rebienta esa gente.

El se enfada.

Ella se pone furiosa; pero no con uno de esos furiosos políticos que apenas rasgan la túnica de la educacion; jura y perjura, reniega de Dios y del diablo, manda á su amante á tirar de una carreta, rompe los muebles y si una criada importuna se le pone por delante, le larga un bofetón y la echa á rodar. Al hombre mas elegante de Madrid le llama mostrenco y alma de cántaro, transformando en voz de carretero la misma voz melodiosa y dulce con que encanta al público en el teatro; él se aflige de verla en tal estado, ella le arroja de casa y desahoga su furiosa irritacion, por la farsa tan contraria á sus antiguas costumbres que su nueva posicion le obliga á representar, cenando con su cocheró ó emborrachándose con sus criados.

—Parece imposible.

—Al dia siguiente viene el arrepentimiento, porque ama de veras á su querido, y sabe cuánto vale mejor que nadie; porque ha aprendido en la escuela de la miseria y del infortunio, cuán poco valen los otros, y se encuentra innoble, indigna de él, y siente que la asalten los recuerdos de su vida pasada, y las tendencias á reproducirla. Entonces se cree capaz de ser todo lo que quiera su amante; le suplica que vuelva, le pide perdon y empieza de nuevo su comedia en que tambien representa el papel de la muger distinguida, fina y seductora que él ama tanto. Pero el hilo vuelve al fin á romperse de nuevo y se reproducen las escenas violentas, que concluyen por una escapada á la antigua sociedad en que pasó su infancia; en su seno se desahoga de la violencia que sufre, representando en el mundo, cuyas puertas le abrió su talento, un carácter elevado que la miseria y la groseria de su infancia no le permitieron desarrollar.

—Permita V. vecino, que le diga, que esas son penas imaginarias.

—Acaba V. de decir una solemne barbaridad, querido vecino. Escepto las físicas producidas por heridas ó enfermedades, todas nuestras penas son obra de la imaginacion. Claro está que se pone V. en lugar de la querida de Valdés, muger espiritual y sensible; una muger grosera, de seguro que no sentirá los dolores que aniquilan á nuestra vecina. En lugar de Matilde, ponga V. una manola, sin ambicion ni inteligencia y concluirá la lucha que sufre la infeliz artista, lucha terrible que procede del antagonismo de ideas, costumbres y maneras de la sociedad en que se ha criado y de la en que ahora vive, y para la que sin duda nació. La desgracia está en la lucha y es tan profunda y tan activa que abrasa y consume esta

existencia, que no puede encontrarse satisfecha en ninguna de las dos situaciones en que la imperfeccion social contemporánea la obliga á vivir.

—De todo lo cual resulta, respondió Picolin, que si yo no comprendo la desgracia, V. ignora lo que es la felicidad sobre la tierra, y no es extraño, puesto que la creo imposible.

—Yo sé por el contrario, dijo el viejo con tono y ademanes solemnes, que algun dia será posible la felicidad; hoy sé que solo se encuentran bien, que nada sienten, ni aman...

—¿Quiénes?

—¡Los muertos!

Picolin tuvo miedo; y á la terrible palabra del anciano sucedió un profundo silencio. Gracias á él, oyeron al traves del tabique un ruido como el de un cuerpo que cae, y despues gemidos ahogados y profundos.

—Escuche V., es la vecina, exclamó Pico'in.

—Si, dijo el vecino encogiéndose de hombros, parece que llora.

—Algo extraordinario le sucede; ¿qué será?

—Yo la conozco bien, respondió el vecino con indiferencia.

---Algo malo le está pasando.

---No lo crea V.

---¿No huele V. á carbon? ¿se suicidará!

---Parece que sí.

---¡Ah! corramos á salvarla.

---Déjela V., mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena. Cuando ella se quita la vida, sus razones tendrá para ello.

Picolin lanzó al viejo vecino una furiosa mirada llena de indignacion; pero el viejo volvió á encogerse de hombros, miró con descaro al jóven escribiente y se rió sardónicamente como si quisiera decirle con su risa: es V. un pobre hombre. Picolin corrió sin hacerle caso á la puerta de Juana la vecina, abrióla de una patada, y penetró en una atmósfera de asficia que á poco no le sofocaba. La vecina estaba en el suelo sin sentido: cogerla en brazos, trasportarla á su bohardilla y colocarla en su cama, fué obra de un instante.

¡Qué hermosa estaba, apesar de que cubria sus facciones la palidez de la muerte!

F. G.

(Se continuará)

LA LIBERTAD. (1)

*Libre se mira el ave en los espacios,
Libre el bruto en los témpanos del polo,
Libre el pez en sus líquidos palacios,
El insecto en la flor:---¿Y al hombre solo
No le es dado decir:—Libre nació
Y puedo libre ser hasta que muera!*

(1) Esta poesia fué leida por su autor en el Ateneo científico, artístico y literario de Cádiz.

Libertad querida,
Tu nido albor,
En iris luciente
Dimana de Dios!
Por tí es la existencia
Dulcísimo don!---
Aquel que te pierde
Su dicha perdió!
Entónce es la vida
Parásita flor!
Es muerta esperanza
De pura ilusión!
Es ave que espira
A impulso traidor!
Es valle desierto!
Es.... mundo sin sol!

Ved un triste calabozo
De muros gruesos y altos,
Cuya bóveda se oculta
De negra sombra en un caos!
Allí comanda la muerte,
Siendo los minutos, años,
Dó se agosta la esperanza
Cual lirio que seca el austro!
Solo *allí* el rumor se escucha
De la humedad, que horadando
El espesor de la piedra,
Mana en son acompasado!
Allí, soledad, esparce
De su imperio el mudo pasmo!
Solo informes sabandijas
Bullen en fétido fango!
Allí la atmósfera mata,
Que el ambiente condensado
De miasmas corrompidas,
Envenena aquel espacio!
Del sol *allí* no penetra
Jamás el vívido rayo!
Que eterna noche *allí* estiende
De la sombra el negro manto!
Allí en el dolor no hay tregua!
Allí el lamentar es vano!
Allí mora el infortunio,
Pues es la estancia del llanto!

Un farol ennegrecido,
Que contara luengos años,
Con llama trémula y triste
Despide fulgor opaco.
Ceñido de duros hierros
Y en heno pútrido echado,
Ved un mortal, presa noble
De políticos amaños!
Sus febles dedos sostienen
La torva faz, lamentando
De su estrella, la injusticia!
De humanos goces, lo falso!

Unas veces gime y llora!
Y otras con vértigo airado,
Quiere romper las cadenas
Que atan sus débiles manos!
Y al hallar es imposible,
De ciegas iras armado,
Blasfemas imprecaciones
Brotan los trémulos lábios!---
Mas siempre sus fieros calma
Del llorar el dulce bálsamo!
¡Benéfico lenitivo
Cuando el seno sufre tanto!
Entonces el infelice,
Transido en dolor, con vago
Y sordo acento, murmura
Tristes palabras:—Oigamos.

•Con cuánta lentitud huyen las horas
Si aciaga pena el corazón agita!
Si en insomnio letal la mente lucha!
Si un recuerdo feliz nos mortifica!
La existencia es entonces don maldito!
Páramo triste donde el sol no brilla!
Donde la pura flor de la esperanza
Apenas nace se la vé marchita!---
¡Cuán felice en mi patria fuera un tiempo.
De un querub las angélicas caricias,
Cual néctar de los Dioses, embriagaran
El corazón amante en puras dichas,
Que no enlutara con funéreo manto
Agudo torcedor! Do quier la vida
Era á mis ojos un pensil celeste,
Alfombrado de amores y delicias,
Do alternaban en nítido contento
Alegres danzas, bulliciosas risas!
Y mi encanto tornárase en delirio,
Si el corazón de la mujer querida
Sintiera palpar cabe mis sienes,
Cual arrullo amoroso de la brisa!
Que el contacto no mas de sus cabellos,
Acreciera el ardor de mis mejillas
En eléctrico impulso, que agitara
Del pecho juvenil todas las fibras!
Y aspirar de su seno el casto aroma,
Y libar en sus labios la sonrisa,
Y abrasarme cual leda mariposa
En la llama voraz de sus pupilas,
Y admirar de la garganta ebúrnea
El rosicler de transparencia nívea,
Eran ¡oh cielos! la ventura inmensa
Que ansiaba un corazón ageno á cuitas!
Dulce ensueño de plácidos instantes!
De encantada ilusión puras delicias,
Cuan presto os agostara cierzo impuro
Truncando los albores de la vida!
Que fiera la maldad rasgó su velo
Solemnizando mi instantánea ruina!
Y de júbilo trépida lanzóme

En el golfo letal de las desdichas!—

Almo sueño una noche me embargará,
Cuando ahuyentó su influjo, turba inicua
De satélites viles, que en feroce
E imponderable encono, de la vista
Y de los brazos, á la esposa arrancan!
Y aherrojado despues, fieros, me intiman
Marche con ellos por *razon de estado!*—
Traspuse el mar, y entre ignotos climas,
Diéranme por mausion aquesta tumba,
Porque muriendo en esperanzas, viva!

Razon de Estado fué, y há cinco años
La amada libertad miro perdida!
Olvidado de todos, muerto al mundo!
Sin honor, sin amigos, sin familia,
Sin un punto de alivio ó de esperanza!
Todo lo robas, sociedad inicua!
Todo lo agosta tu beleño impuro!
Porque piedad en tí jamás anida!
Porque alimentas corazon de tigre!
Porque tu raza espuria está maldita!
Oh! te aborrece con vehemencia tanta
El volcan escondido de mis iras,
Que en átomos sutiles deshiciérase
Lo inmundo de tu ser, raza maldita!

Triste! su razon embarga,
Lo intenso de su quebranto!
De él los ojos apartemos
Su desgracia lamentando!

Horas son de fiera angustia
Las que cercan al cuitado!
Horas, que parece aumentan
De su duracion el radio!

Horas, que sufre tan solo
El que se viera privado
De libertad, que es el mundo
Para él siniestro páramo!—

Libertad, tu prez es tanta
Cuanto al perderte lloramos!
Que es sin tu amor en la tierra
Triste huésped el humano!

Libertad querida,
Tu nitido albor,
En iris luciente
Dimana de Dios!

Por tí es la existencia
Dulcísimo don!
Aquel que te pierde
Su dicha perdió!

Entonce es la vida
Parásita flor!
Es muerta esperanza
De pura ilusion!

Es ave que espira
A impulso traidor!
Es valle desierto!
Es.... mundo sin sol!

JOSÉ MORENO DE FUENTES.

EL CABALLO, EL MULO Y EL ASNO.

(CONTINUACION.)

El camello es el emblema de la esclavitud, y ya se sabe que toda aristocracia, todo poder tiránico tiene por base la opresion y el desprecio de los trabajadores.

¡Qué soberbio volúmen no podria escribirse sobre estas dos solas palabras: *antipatía y simpatía!*

En no sé que fábula he leído, que para espantar á un oso hambriento, no habia mas que tocar una marcha cualquiera en un tambor de piel de caballo.

Sigamos la fortuna de este feliz animal en sus varias fases, y los cuadros sucesivos de las diversas épocas de la humanidad se desarrollarán ante nosotros.

El caballo es la primera conquista del perro, una de las bases fundamentales de la tribu patriarcal.

La tribu poseedora del caballo adquiere con él los elementos de la conquista, y abandonando la tienda, concluye por hacerse dueña de los palacios de Babilonia.

Esta es la transicion del estado patriarcal al bárbaro.

La horda victoriosa ha sentido en seguida la necesidad de organizarse para conservar la dominación del pais conquistado, y empieza por ennoblecir el servicio del caballo, á quien debe la victoria.

El ennoblecimiento del caballo no es otra cosa, hablando propiamente, que la constitucion del régimen feudal.

El primer funcionario del Estado, despues del Rey, es el condestable (jefe de la cuadra;) viene en seguida el *mariscal* (médico del caballo,) despues el gran escudero, (primer criado del caballo;) y despues los simples escuderos, palafreneros, &c. &c.

El apojeio, el esplendor del caballo dice los buenos tiempos de la feudalidad nobiliaria y de la caballeria errante, mejor que todos los cricones antiguos.

El caballo ha tenido su nombre y su gloria en los cantos de los poetas, al lado de los mas nobles héroes. ¿Qué quedaria del Cid, si suprimiésemos á Babieca?

Un día declinó la fortuna del caballo: el bravo Ballardo (hablo del héroe frances, y no de su caballo;) cayó herido por una bala, y la pólvora del cañon mató con él al caballo y al feudalismo de un mismo tiro.

El espíritu de libre exámen se despertó al sentir el estruendo de la caída, y la aurora de las libertades populares asomó en el horizonte.

Del mismo modo que el caballo de guerra nos ha referido el por qué de las viejas tradiciones de la barbarie y del patriarcado, de Abraam y de Semíramis, de Roma y Atenas, él nos dirá los tiempos presentes, y puede que si se lo pedimos con instancia nos revele los del porvenir.

Cuéntenos entre tanto lo presente, y digamos el por qué de la Inglaterra y de la Francia.

¿Cuál es el pais de Europa en que el caballo de sangre representa todavia el papel mas brillante? En Inglaterra. ¿Y por qué? Porque Inglaterra es un pais explotado odiosamente por un par de millares de familias de sangre bárbara.

En Inglaterra la raza conquistadora es todavía todo, el pueblo trabajador nada.

El Lord inglés estima su caballo en proporción del desprecio que le inspiran el Irlandés y el Sajón, razas que cree inferiores, y que conquistó de cuenta y mitad con sus normandos corceles.

Guardaos bien de ofender ni una sola crin del noble corcel en los estados británicos, si quereis conservar vuestro dinero y vuestra libertad; porque el caballo es el ídolo del Lord; y el Lord ha hecho declarar por la ley que su caballo es inviolable y sagrado. En el imperio británico podeis matar á un hombre de un puñetazo. Poner á vuestra muger una cuerda al cuello y venderla en el mercado, y arrastrar en el fango del arroyo á la desgraciada prostituta, pobre hija del pueblo trabajador, arrastrada á la infamia por la miseria: las leyes de la Gran Bretaña toleran esos pecadillos; si quereis ser inviolable, es preciso ser caballo, pertenecer á la raza aristocrática y conquistadora.

La plebe inglesa, que en su vida ha tenido caballo, se enorgullece con la filantropía de sus feudales señores, que se extiende hasta los animales domésticos.... La estirpe civilizada es la misma en todas partes.

La inviolabilidad del caballo inglés dice más sobre las instituciones aristocráticas de Inglaterra que todos los volúmenes de Blackstone y de Mr. Guizot.

La simple inspección del animal va á revelarnos las costumbres más íntimas, el carácter, las artes y la fisonomía del pueblo británico.

Si ya no supiéramos que el desordenado amor por la línea *vertical* y el amor de la *Elipse*, son los dos rasgos más salientes del carácter inglés, su conducta con el carácter del caballo árabe bastaría para probárnoslo.

El caballo árabe, tal cual salió de las manos de Dios, era un tipo admirable y armonioso de ligereza, de vigor, y de gracia. El caballo llegó inmediatamente después de la muger y de la gata en el orden de las creaciones graciosas. Las curvas de su cuello y de su grupa rivalizan en pureza y delicadeza, con las más suaves curvas femeninas. Su cuello había sido plegado en forma de arco para que el jinete fuera dueño absoluto de los movimientos de su montura por medio de la brida, cuerda del arco, que permite refrenar todo acto de rebelión del corcel, forzando la cabeza del animal á pegarse de petral á la menor presión.

En esta postura, el bocado lleva sobre las barras la parte más sensible de la boca del caballo, y un niño puede guiarlo con una hebra de seda.

Este sistema de curvas elásticas sucediéndose y correspondiéndose en toda la extensión del cuerpo del animal, desde encima de la cabeza hasta las últimas estremidades de sus miembros, no había sido imaginado más que para dulcificar al jinete la violencia de las sacudidas, convirtiendo el movimiento del galope en un dulce balanceo.

Tal era el secreto de la infinita dulzura de los movimientos del caballo Árabe, de la gracia de su paso y de la seguridad de su pié.

F. G.

(Continuará.)

REVISTA DE SEVILLA.

Párrafo de actualidad.—Fiesta religiosa.—Félias.—Acróbatas.—Conciertos.

I.

En medio de la titánica lucha que el mundo con horror contempla, á través de ese sordo rumor que da formas á los acontecimientos, que hace nacer las más bellas esperanzas sobre el ser de un pueblo, que nutre á la fantasía confundida entre los presagios, los sucesos que pueden formar la crónica de lo que pasa en una ciudad, son pálidos, insignificantes.

Y sin embargo, esta especie de octaviana paz que los moradores provincianos saborean, suele ser turbada por este ú otro hecho de esos que llaman de *actualidad*.

Pero lo *actual* ofrece también dos muy diversas faces.

El *actualismo*, como diría Campoamor, negación completa de lo que en el mundo visible existe y de lo que se vé y no se vé en el otro mundo de la política, gravita ya sobradamente sobre el pensamiento y hasta sobre el corazón de esos seres *negativos*, para quienes la fé es una señora ciega, el amor patrio, el individualismo en todo y para todo.

Desgraciadamente, pocos son los que no marchan por esa senda. Las aflicciones y felicidades que atraviesan nuestros días, hacen perder la memoria, porque la vida viene á ser como un libro, cuyas hojas desgarramos así que las hemos leído.

No hago una *Revista* política.

¿De qué hablar?....

Las miradas están fijas en la lontananza del mañana.

El telégrafo trasmite su eléctrica chispa á los labios de la multitud. Hasta la niña casadera se ocupa de la actualidad. También tienen corazón que late por un derecho, y con el mapa en la mano, analizan el modo de atacar una plaza fuerte, aunque esta plaza se llame Pavía, y se halle encajada en el cuadrilátero de sus amores.

---No se canse V., mamá: no quiero, ni estucho á F.... porque es....

---¿Qué es? pregunta la guardiana del tesoro sitiado.

---Austro-filo!

Esto respondía la bella niña á la curiosa mamá, y esto escuchaba yo, anoche en la Plaza Nueva.

La niña estaba en pura *actualidad*.

II.

Junio!.... He aquí el mes de las félias, de las verbenas y de las fiestas religiosas en la capital andaluza.

Ha pasado dejando impresa la huella de tanto placer, de tanto misticismo.

La curiosidad es como el mar agitado, cuyas ondas rápidas se suceden para desplegarse en la playa.

Será Sevilla, la tan cantada por propios y extraños bates; será, pregunto, la mansion donde disfrutarse pueda de una existencia dichosa?... Si la dicha emana de esos momentos variados, donde el espíritu cae fascinado, en-

tonces no hay que dudar.... Pero en Estío es una dicha bajo un calor africano.

Como el romano de César, el andaluz tiene sus fiestas y su circo.

Después de haber humillado la frente ante nuestro Dios, va á batir palmas ante las catástrofes de una corrida de toros.

Son los *sacrificios* y las *libaciones* de la misera humanidad.

Mi mente ha sido asaltada por un recuerdo.

Los siglos XVII y XVIII hánse encarnado en el que atravesamos.

La solemnidad del *Córpus-Cristi* se ha celebrado.

Creía volver á ver al *Padre Pando*, á la *madre Papa-Huevos*, á los *Pandillos*. Pero, ¿qué digo?... Entonces tocáramos acaso aquellos escándalos que dieron lugar á que el pueblo católico por excelencia, viese desaparecer aquellas mogigangas, allá por los años de 1765 y 1780 por mandato Papal.

Nuestro municipio *actual* quiso que la festividad del Señor escitase la curiosidad.

Se elevaron arcos triunfales en varios puntos de la estacion que hace la procesion.

Al contemplar aquellos monumentos de papel y de ramage, creí hallarme en el pleno tiempo de Churriguera. Tal era el gusto artístico que se descubria en los improvisados *mamotretos*.

Las corporaciones que fueron invitadas, ora para lucir sus uniformes, ora para elevar á sus espensas edificios teatrales, las mas se quedaron en casa.

El pensamiento aristocrático fracasó ante el espíritu de la rivalidad.

La buosocracia mística tiene tambien su papel en la alza y baja.

Cuán rápidos ¡ay! corren los dias, diria yo, como dijo Horacio al hablar de la rapidez de la vida.

III.

¡Qué panorama tan encantador se ofrece á la vista del que se dirige por la via-férrea á la ciudad de la mezquita de Abderramen Primero!

Es un viage de verdadero placer.

Feraces campiñas que van á perderse en la falda de Sierra-Morena.... pueblécitos asentados en las cumbres de aquellos montes bordados de olivos; tal es el cuadro que se desarrolla.

Las ferias de Lora, villa, cuyo morisco castillo se dibuja en el Guadalquivir, y de Córdoba, fueron los *rendez-vous* de los que buscaban la alegría en esos dias de bullicio. Los wagones que el vapor arrastraba, iban atestados de pasajeros; no parecia sino que una ciudad se trasportaba á otra.

La via-férrea ha estrechado con fuerte lazo á dos pueblos hermanos. ¡Qué brillante destino se ofrece en el futuro!.... los pueblos tienen escrito en el libro de ese futuro, la misión que han de cumplir, que es la del verdadero progreso material y social.

Héme en Córdoba recorriendo el vasto *Real* de su *féria*.

Tambien ha ofrecido su apoteosis nocturno á la poesia. El Teatro era el templo consagrado entonces al culto de la Diosa.

La cortesana pública, la romana *Flora* ha vuelto á ser adorada.

El templo se hallaba cuajado de espectadores.... Un tribunal, formado por el bello secso, distribuía los premios entre los vencedores. Se recitaron varias composiciones, algunas escritas con fuego y con elevado estilo. Diz, que en estos *juegos florales* la justicia no ha sido hecha.

IV.

Se respira bajo una atmósfera de fuego, lo que hace que el espíritu de emigracion se apodere de esa parte de la sociedad acomodada.

Emigrar á nuestros puertos, es el *desideratum* de la moda.

En verdad que no se goza de la vida, sino cuando nuestros sudosos rostros son acariciados por la brisa, tan luego como el ardiente astro se hunde en la cumbre del cerrillo de Sta. Brigida. Entonces la andaluza se ostenta ataviada en la Plaza Nueva, cuyo ambiente está perfumado por los naranjos, é impregnado de las armonías de una música militar.

Por demás está decir que el Teatro ha cerrado ya sus puertas.

Los Sres. Franklin Nice, acróbatas anglo-americanos, han atraído grande concurrencia en la série de funciones que han dado. Sus trabajos han admirado. Dificiles ejercicios, egecutados con precision y arrojo, han demostrado que los mencionados acróbatas, sobrepujan á cuantos, antes que ellos se habian presentado en la escena sevillana.

V.

Las artes, decia en mi anterior *Revista*, se hallan siempre al servicio de todas las aspiraciones. Hasta la religion busca su influencia.

El concierto dado últimamente en el salon de la *Sociedad Filarmónica*, á beneficio de las misiones para el Africa, prueban mi aserto.

Como en el anterior, la condesa de Vernay, se presentó á egecutar en su *Stradivario*, preciosos recuerdos de *Lucía*, de ese idilio de Donizetti. La noble concertista, juzgada como muger, es toda una notabilidad. La simpática Srta. de Cortina tomó parte tambien en el sarao musical, cantando con el espiritualismo que la distingue. Un incidente, cuyo misterio ignoro, hizo que la señora de Lujan, cuyo nombre figuraba en el prospecto, no dejara oír los acentos de su voz.

Los misioneros se han llevado catorce mil reales, producto del concierto.

El Sr. Pompei, cantante y tocador de oboe, tambien ha ofrecido su fiesta musical en el local que la Sociedad de Emulacion y Fomento ocupa en el ex-convento del Angel.... pero el Sr. Pompei ha hecho un solemne *fiasco*. Recordando al español Soler, muerto en Paris, siendo primer oboe del teatro italiano, se concibe que el que ahora se ha escuchado, es una vulgaridad en el arte.

MANUEL JIMENEZ.

CUATRO MESES EN PARIS.

(Continuación.)

No es una vista pintoresca y espresiva, como las de Génova, como las de Nápoles, como las de Roma, como las de Granada, Córdoba ó Sevilla: no es una belleza italiana, griega, española; no es una naturaleza artística, por decirlo así; un arte naturalmente monumental, pero es una belleza grandiosa.

Avanzamos hasta el principio de la plaza, y el espectáculo cobró mayores dimensiones.—He aquí el boceto.

Dos fuentes riquísimas en escultura y agua, circuidas por una especie de eclage de polvo, porque tal es la impetuosidad con que el agua brota: en medio de las fuentes, un obelisco egipcio colosal, en torno á la plaza, grandes pedestales con las estatuas de las principales ciudades del reino, sembradas todas las distancias por gruesas farolas de bronce: hacia adelante, el París de la otra orilla del Sena, con su aspecto feudal, sus palacios que parecen castillos, sus casas y sus árboles corpulentos y verdes: hacia atrás, los dos palacios que limitan lateralmente la calle Real, y en un fondo el gran templo de la Magdalena, circuido de suntuosas columnas estriadas: á la izquierda, el jardín de las Tullerías, dividido por una berja, coronada á intervalos de águilas doradas, entre dos pedestales que sostienen caballos de mármol; luego un surtidor del jardín que arroja el agua á la altura de un cuarto ó quinto piso, formando mil ondulaciones caprichosas á impulsos del viento; despues varias calles de árboles simétricos, á través de otras fuentes, hasta cerrarse el horizonte con la fachada del palacio imperial, corriendo una estension de novecientos á mil pasos: á la derecha, los campos Eliseos, por entre cuya hilera de árboles se filtra la vista, hasta detenerse en el arco triunfal de Napoleon, creacion enorme de la riqueza y del entusiasmo.

Luego que hubimos satisfecho los primeros conatos de admiradora curiosidad, paseando los ojos tardamente sobre aquel grandioso panorama del arte humano, no del arte francés, digimos á nuestro NECESARIO FIACRE que nos llevara al arco de la Estrella.

Un coche es aquí un personaje de primera categoria, la gran carta de recomendacion y el gran amigo del extranjero.

El buen fiacre cogió el trote camino del arco, á través del aristocratico palacio de la Industria, del aristocratico palacio de la democracia, (la democracia tiene un palacio casi en frente del palacio del Emperador:) á través tambien de los CAFES CANTANTES DE ESTIO, del gracioso castillo de las flores; del jardín Mabilie, del jardín de invierno, del Círculo de la Emperatriz y de casas modernas que son las mas bellas que he visto.

Despues de correr un espacio de cuatrocientas ó quinientas varas, estension aproximativa de los Campos Eliseos, nos encontramos bajo la bóveda central de aquella apoteosis espléndida de Napoleon, el arco del triunfo. Desde aquel arco descubrimos, á una distancia de un cuarto de legua, el bosque de Bolonia, cuyo camino aparece sembrado de árboles y elegantes quintas, que le comunican un aspecto muy grato, aunque no bastante pintoresco, porque yo entiendo por pintoresco lo que es variado, caprichoso, y sobre todo caprichoso de un modo agreste.

Vemos á la vez el Arco del Triunfo, el dilatado bosque de Bolonia, el Obelisco de la Plaza, mientras que nadando sobre la copa de los árboles, que pueblan el jardín de las Tullerías, allá, como una nube medio perdida en el horizonte, como el amago de una borrasca, como la aparicion indecisa de una sombra, se levantaba trémulamente, segun la vision óptica, la torre negra del palacio imperial. De manera que mirábamos, casi simultáneamente, el monumento triunfal levantado á la Francia revolucionaria y

conquistadora, el monumento del Egipto usurpado, y el monumento de la segunda Francia imperial: un triunfo, una usurpacion y un misterio: el arco, el obelisco y las Tullerías.

Eran casi las ocho, y apenas podia distinguir el nombre de los generales y batallas del imperio, batallas y nombres escritos en las altas paredes de aquella pirámide.

No soy tan entusiasta de Napoleon como otros muchos. Le admiró mas por sus desafueros y sus vicios que por sus virtudes y sus glorias: si viviera, le apostrofaria vigorosamente en estas páginas. Estando muerto, siendo historia, lo acato. Bajo estas bóvedas colosales, bajo esta colosal inspiracion de un pueblo heroico, porque heroico es todo pueblo entusiasta, lo venero. Su evocacion es aqui una sombra que me conmueve, que me ilustra, que me moraliza, que hace hervir mi alma bajo la inmensa idea del hombre. Si, venero á Napoleon bajo este arco, bajo este mausoleo de su ceniza histórica, como no puede menos de venerarse la memoria de los Faraones tiranos en presencia de las Pirámides egipcias. Si, lo venero; y el que quiera saber cuán poderoso es el génio artistico embelleciendo la historia social, un génio embelleciendo á otro génio, un siglo embelleciendo á otro siglo, la humanidad embelleciendo al hombre: el que quiera saber de qué modo una piedra halla el camino de nuestro corazon, que venga y contemple este arco.

Eran ya las nueve cuando nos dirigiamos hacia la Plaza de la Concordia, con el objeto de seguir la calle de Rivoli, hasta la casa de la ciudad ó Hotel de ville.

Antes de penetrar en la calle, quisimos ver la perspectiva que presentaban los Campos Eliseos iluminados, asi como la Plaza de la Concordia.

Espectáculo magnífico por cierto. Desde dentro del jardín de las Tullerías, alcanzábamos á ver en dos filas simétricas, los muchos faroles de gas que alumbraban los Campos Eliseos, hasta el mismo Arco de la Estrella, presentándose á nuestros ojos aquellas dos filas como dos columnas flotantes de fuego. A la izquierda, por entre los árboles, asomaban furtivamente centenares y centenares de luces, unas formando pórticos y fachadas, otras sembradas por entre los árboles del paseo, luces que iluminaban uno de los cafes cantantes del verano. A la derecha se descubrian tres grupos brillantes, que eran otros tantos cafes de canto, en cuyas fachadas habia juegos de gas que representaban varios caprichos, entre otros un águila con las alas abiertas y caidas, como si remedara un lloron.

ROQUE BARCIA.

(Se continuará.)

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, en la Redaccion del «Pensil de Iberia, calle del Sacramento, núm. 33, en el Despacho del «Guia del Comercio,» calle Ancha núm. 1 y en la libreria de Fábregas hermanos, calle de la Verónica.—Alicante, D. José Marcili, calle del Mar.—Almería, D. Diego Mayoral.—Almendralejo, D. Juan Alvarez Feijóo.—Algeciras, D. Vicente García, D. Rafael de Muro.—Almadén, D. Francisco Ponce, D. Julian de la Puerta.—Alcañiz, D. Felipe Ibañez.—Antequera, D. Diego Galban.

EDITOR RESPONSABLE,

D. PEDRO LUIS CARNIAGO.

CÁDIZ: 1859.

Imprenta del Guia del Comercio,
á cargo de D. Virgilio Ramos,
calle del Sacramento, núm. 86.